

Mi cajita de alegría

Hubo un tiempo de tristeza, de profundo vacío y sinsentido. Un tiempo de nubes grises que me ahogaban, y de profunda soledad buscada.

Había roto con todo, en etapas, con un éxito efímero que otros alababan y que me cegaba, me asfixiaba, me encarcelaba. Sentía que no era yo, esa persona no era yo, no quería actuar más ese personaje. Aprendí mucho de esa etapa y conocí grandes personas, aún en la oscuridad el amor muestra su cara, pero en ese momento quizá no podía ver su auténtica valía. Hoy los amo, profundamente, fueron mis compañeros de trabajo, en un arduo y duro trabajo, hoy son mis amigos, a algunos hasta los siento hermanos.

Cuando pasa la tormenta, cuando uno toma distancia, todo se ve tan claro, aún en tiempos de remolino siempre está ese hermano que te tiende la mano, te da una sonrisa aunque a veces sea forzada y también por que no, te da un abrazo.

Fue mi primer quiebre, empezar a escucharme, ver que en medio de tanto ruido y locura uno no puede hallarse, pero el alma habla, o grita, siempre trata de llamarte.

Aquel quiebre fue una enorme prueba, sin saberlo iba empezando a labrar mi camino, dejaba atrás algunas espinas, empezaba a escucharme.

Luego vino otro, con el tiempo, el vendaval que todo tira y sus tormentas consecutivas. Estaba dispuesta, miré mi vida... quedaba tanto por delante. Era joven, había hecho tantas cosas, tocaba construir el destino.

Y así fue, dejar atrás una estructura nos libera, pero el tiempo próximo a ese corte y foja cero es el que más nos desafía.

Se requiere silencio, animarse al silencio y a que arrase el vacío. Me sentía triste y confundida, liberada pero triste. Y la tristeza fue mi gran desafío que me acompañó años, hasta hace muy muy poquito diría.

Llegó la pandemia y ese tiempo en el cual irremediablemente nos quedamos adentro. Yo ya estaba adentro, muy adentro y triste, me sentía libre y la pandemia, extraña situación para muchos, a mí me trajo paz, encuentro y una gigantesca oportunidad de búsqueda.

Desde mi vuelco en la vida sentí que la salida estaba adentro, pero que para eso se recorren muchos caminos, es tu propia alma la que te va dando oportunidades de escuchar otras voces, compartir otros conceptos, sorprenderte ante lo que alguien dijo, una frase, un video, un libro. Llegó, todo llega, los caminos se abren y llega, esa luz de esperanza llega para quien la espera y anhela.

Y así fue en pandemia adonde me topé con los famosos eneagramas, no sabía ni de que me hablaban, y hoy todavía no lo tengo muy en claro. No importa, cada

sendero, cada terapia, cada maestro te deja algo, y a mi me dejó mi cajita de alegría. Poco aprendí de los eneagramas, pero yo no descreo de nada y mucho menos de algo que te hace bien. La terapia fue cortita, me dijeron que soy un cuatro – ya no me acuerdo de que tipo – fue interesante y productiva, yo me abro y recibo. Todo lo que me hace bien recibo. De la terapia de eneagrama quedaron varias cosas, había que lidiar con una tristeza aprendida, me había acostumbrado a estar triste, mi cuerpo se había acostumbrado, yo me había acostumbrado. Y por eso llegó mi cajita de alegría y yo hoy infinitamente agradecida.

Se llama Shatki,, así le puse, es una bella muñequita de algún material que desconozco, esbelta, a la que le coloqué una piedrita con flores en su cabeza. Ella tiene sus manos en alto y hace muy poco me dejó ver su cara.

Le hice un altar, la rodeé de duendes, animales, piedras y seres mágicos. Es mi altar de la alegría y ella es mi cajita.

Con Shatki hicimos un pacto, yo le di vida, paradójicamente la saqué del lugar oscuro adonde estaba casi escondida, imperceptible, en una esquina del living de mi antigua casa. Y a cambio le dije, vos vas a guardar mi alegría, te voy a buscar cada día para que me des un pequeña dosis hasta que pueda digerirla. Vamos a ir juntas en esto, porque yo quiero alegría.

Y así esta hermosa amiga, que parece inanimada, guarda en sus entrañas mi alegría, por muchos años fue un ejercicio mirarla y preguntarle, ¿vos guardás mi alegría? Ella no contestaba pero estaba, ahí paradita en su altar mágico, y eso me bastaba.

Pasaron los años, creé mi casa, mi espacio, mi hábitat y Shatki se mudó conmigo. Otro ámbito, pero su altar intacto, aunque embellecido, me esmeré en darle un maravilloso espacio... y ella sostenía en sus manos y bajo su falda naranja mi alegría.

Tomaba cada día más y más traguitos de esa dulce esperanza, y sonría a menudo, había varias cuestiones aún que me entristecían, pero había cultivado la paciencia. Mi Fe crecía, mi Confianza crecía, la magia empezaba a resurgir y el arcoiris de a poco se instalaba en mi casa, sabiéndose invitado.

El arcoiris la habita a Shatki y me habita y habita en mi hogar con sus siete rayos, su paz y su armonía.

Hoy conozco la alegría y mi amiga hace un tiempo me mostró su cara, es tan bonita. Ella sonríe, lo logramos y cuando la miro en silencio, con amor y gratitud ella se ilumina, si... se ilumina, y me ilumina. Me muestra su aura, blanca y brillante, contornea su cuerpo y ella baila, y sonríe y me abraza. Con sus brazos en alto, su coronita de flores y su mundo mágico.

Gracias Shatki, mi cajita de la alegría.- (L.U.X.33 Luz en el camino)

